



HIGIENE SOCIAL

EL DOBLE ORIGEN DEL HOMBRE

Walther Bühler

Boletín N° 18

Editorial Rudolf Steiner

INDICE

	Pág.
Evolución y devenir humano	3
Contemplación goetheana de la Naturaleza: un indicador del camino	5
La planta primordial como idea creadora	7
El origen de la vida	8
El reino animal: el nivel de la vida anímica	9
Un mundo anímico como verdad superior	12
La animización por la respiración	13
El hombre, ¿un cuarto reino de la naturaleza?	14
La desanimalización como condición previa del devenir humano	15
Retardación: la ley fundamental de la infancia humana	17
El yo como verdad espiritual	18
El Hombre: ser completo, pero creador	21

Evolución y devenir humano

Todos los seres vivos están emparentados entre sí. Se han desarrollado a través de largos períodos evolutivos, desde estadios primitivos hasta la formación de organismos superiores cada vez más complejos. Este descubrimiento se halla indisolublemente unido a los nombres de Haeckel y Darwin y forma parte, sin lugar a dudas, de los grandes hallazgos de la Biología moderna.

El enigmático, aunque innegable parentesco del hombre con el animal se documenta de manera impresionante por medio de la organización vertebral animal, por el hecho de que el hombre comienza su vida como lactante, mamando del pecho materno como cualquier mamífero.

Pero, ¿cómo se ha podido llegar a que millones de personas se contemplan a sí mismas como ejemplares superiores de mamíferos, estrechamente emparentados con los primates y, al mismo tiempo, a considerarse como el producto casual de un juego sin sentido de la Naturaleza?

Esto tiene que ver con la unilateralidad del darwinismo y con la falsificación del núcleo verdadero de la teoría evolutiva a causa de opiniones materialistas preconcebidas. Quien frente a las causas de la evolución y a las mutaciones casuales sólo considera algunos factores externos como la «lucha por la existencia», la «selección natural» y otros de tipo ambiental y niega todo principio espiritual obrante, tiene que llegar forzosamente a una concepción del hombre desprovista de espíritu.

¿Podemos percatarnos claramente de los efectos devastadores que esto conlleva para el sentimiento humano de autoestimación y para la vida práctica, cuando se concibe al hombre únicamente como un producto de la herencia y del medio ambiente? ¿Cómo deben ser entendidos los derechos humanos de este «mamífero», o quizás «depredador inteligente»? Una respuesta a esta pregunta la podemos encontrar históricamente en la acción de un partido político, que gobernando durante doce años, a partir de 1933, tuvo el «valor», de llevar estos postulados a sus últimas consecuencias: aplicó a la vida social las máximas de un darwinismo teórico y de la biología moderna. Este partido manipuló al hombre de manera consecuente según su concepción de la especie humana: el hombre es un ser pasajero determinado por su nación, por la raza, por la «sangre» (herencia) y por la «tierra» (ambiente). ¿Hemos superado en realidad los fantasmas de esa época? ¿No nos amenazan todavía un nacionalismo y un racismo alimentados por la misma ciencia, así como «una lucha

por la existencia» (¡lucha por el poder!)? ¿No nos amenaza todo ello con precipitar la humanidad hacia una nueva catástrofe todavía mayor?

La pregunta sobre el verdadero ser del hombre, sobre su verdadera procedencia y su relación con el mundo animal, es en realidad una de las preguntas existenciales más profundas que conmueven a cada ser humano. ¿Qué hace humano al ser humano? (Esto es lo que se pregunta el escritor yugoslavo Gajo Petrowic en su libro *Contra el marxismo autoritario*) (*Wider den autoritärem Marxismos*. Deutsche Verlagsanstalt 1968). ¿Qué significa plantear la pregunta: qué es el hombre? Quizás significa empezar a buscar esas cualidades particulares o propiedades que diferencian al hombre de todos los demás animales. Él lo percibe en la naturaleza «integral» de su ser, del ser del hombre, pero también es consciente de que «ninguna ciencia en particular responde a lo que este ser integral es, aquello que le hace ser hombre en cada una de sus actividades o aspectos».

La mera alusión de la religión, sobre la «inmortalidad del alma», de una visión humanista sobre una «individualidad libre»; o la alusión de la filosofía sobre el «espíritu humano», son incapaces de satisfacer por sí mismas y menos de convencer al hombre actual penetrado de un pensamiento científico. El hombre de hoy, en el caso de que existan tales verdades espirituales puede exigir con todo derecho una Biología y una Antropología modernas capaces de tender un puente para su comprensión científica

Precisamente aquí intentamos tender este puente según las consideraciones aportadas por una Antropología y Ciencia Espiritual de orientación antroposófica. La ciencia natural ha desarrollado sus métodos de investigación partiendo de lo inanimado, cayendo en el prejuicio de que lo aplicado en el campo de lo inorgánico se puede aplicar sin más al mundo de lo animado. Debido a ello ha llegado de manera forzada a conceptos unilaterales y mecanicistas, a negar la espiritualidad humana y a valorar erróneamente su naturaleza. Sólo ha podido captar lo externo.

A continuación deberá desarrollarse un método de observación apropiado para lo orgánico que, en principio, aparecerá como desacostumbrado. Este método presupone un nuevo pensar, es decir la disposición fundamental del lector para pensar en múltiples direcciones, así como la imparcialidad para considerar, al menos hipotéticamente, la posibilidad de la existencia de verdades *suprasensibles*.

Contemplación goetheana de la Naturaleza: un indicador del camino

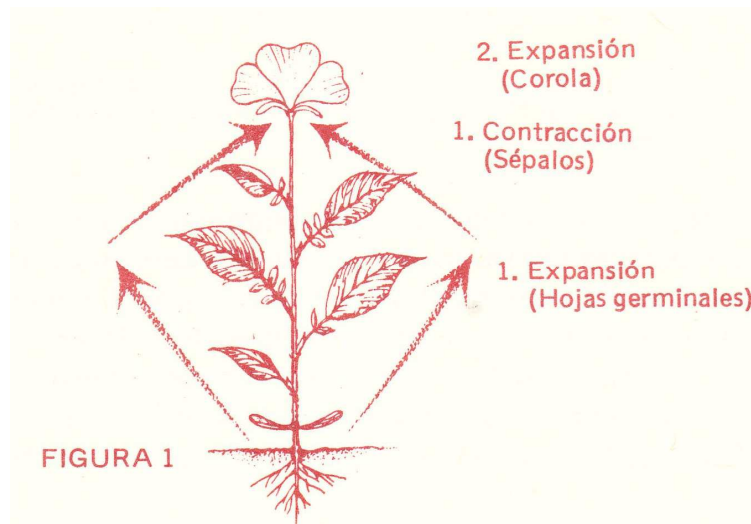
Las bases para la nueva forma metodológica de proceder que aquí se aplica y que tiene por objeto una espiritualización de la ciencia, se encuentran en la vida cultural centroeuropea durante el idealismo y también en la época de Goethe. Queremos sacar a relucir a Goethe porque en sus esfuerzos científicos, y particularmente en su exposición sobre la metamorfosis, dio nuevos pasos llenos de futuro que, sin embargo, la moderna biología no ha sido capaz de captar.

Solamente se podrá llegar a una comprensión de las complicadas manifestaciones de la vida en el animal y en el hombre cuando la comprendamos profundamente en sus formas más simples, al nivel de planta. Por ello rogamos encarecidamente al lector que tenga paciencia por trazar este camino a través del mundo vegetal.

Observemos una planta en flor, cuyo florecer hemos esperado quizás durante meses. No hay quien se sustraiga al encanto de esta aparición cuando, a partir de un todo vegetal, irradia la configuración tierna, colorida y estelar de la flor. Nos encontramos ante un momento del desarrollo vegetal individual que, aunque pequeño no es menos esencial y que nos revela ahora su ser propio más íntimo con su perfumada flor ya sea como violeta, tulipán o rosa. Diríase que la flor dormitaba allí en aquel tallo vegetal totalmente verde. Solamente mediante las flores le fue posible a Linneo reconocer con exactitud las plantas y clasificarlas.

Todo eso nos retrotrae a la vez a tiempos primitivos cuando, existiendo ya las plantas, como por ejemplo helechos y equisetos (cola de caballo), surgieron de las primeras formas verdes existentes los primeros pétalos coloreados. Con ello se dio un decisivo paso hacia adelante en el desarrollo superior del mundo vegetal. Quien comprende profundamente la aparición de la flor, puede esperar llegar a los principios mismos del secreto de la evolución.

La exposición sobre la Metamorfosis, de Goethe, nos muestra el camino. Como exacto observador y en especial de aquellas formas que muestran una transición, descubrió en primer lugar, que todas las partes de la flor presentan formas foliares transformadas, metamorfoseadas. La evolución de la flor en la que surgen tanto formas como *cualidades nuevas, fue denominada por él como intensificación del tallo*. Sin embargo, fue todavía más decisivo su descubrimiento de la continua conformación de la planta que no sucede por una transformación foliar continua y directa ni por un simple crecimiento continuo.

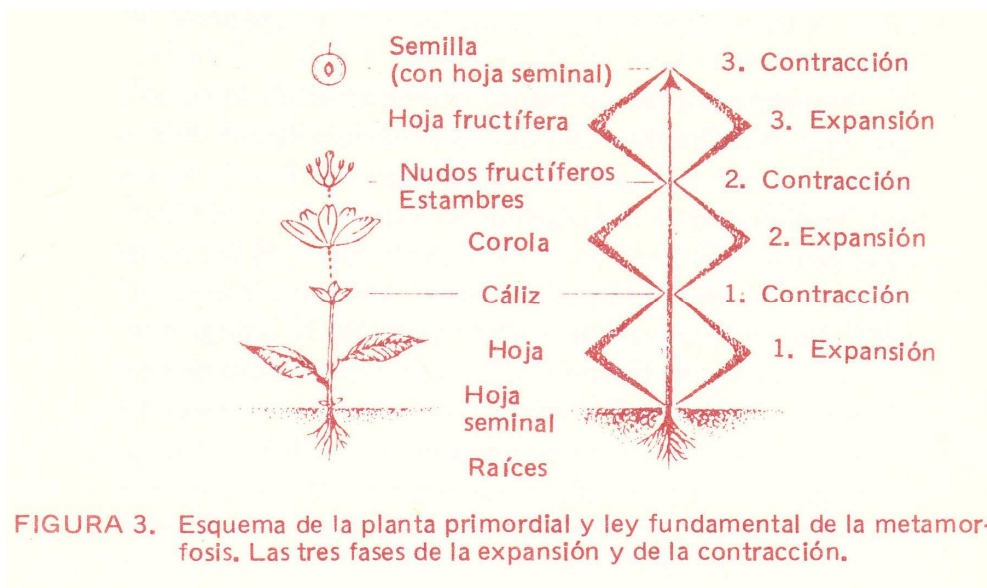


En una típica planta anual, la aparición de la flor es precedida de un empequeñecimiento y simplificación de las hojas del tallo en su camino hacia hojas superiores. Esto sucede hasta su atrofia, que se hace evidente en los sépalos llegando a una consunción total del impulso mismo del tallo (ver fig. 1). El siguiente paso que lleva a la formación floral, presupone una retro-formación, que Goethe denomina *concentración*. Tampoco existe ninguna planta que en el fruto prosiga con una *expansión* (que en la mayor parte consiste en hojas fructíferas aumentadas, «hinchadas» o engrosadas) sin proceder, previamente, a una retro-formación o «desleimiento» de los coloreados pétalos en los estambres. Cuando se trata de flores completas que carecen de estambres no hay fructificación. Después del hinchamiento de los carpelos tiene lugar una última y fuerte concentración en la semilla y en las hojas germinales escondidas.



El triple cambio de la expansión en forma de hoja, pétalos y carpelo por un lado y por otro la concentración en sépalos, estambres y semillas nos muestra claramente las fases contrapuestas de la metamorfosis foliar (ver fig. 3). Por ello habla Goethe de *polaridad*, dejándose instruir directamente a partir de la observación: cada evolución posterior y de carácter superior está controlada por la ley de la polaridad y cada

formación posterior no es posible sin una relativa *retro-formación*. Esta ley primordial en la que está basada toda vida orgánica, nos conducirá a continuación hasta la aparición del hombre.



La planta primordial como idea creativa

El ritmo vital de carácter triple descrito anteriormente actúa diversificado, con su dinámica en todo vegetal. Este ritmo vital tiene un carácter supra-jerárquico sobre todas las partes vegetales: tanto en células como en moléculas. Ahí resulta perceptible un principio no-material, al que denomina Goethe «planta primordial». En la respectiva especie vegetal corresponde al arquetipo. Esta «planta primordial» se le manifiesta a la «fuerza judicativa desprendida de la observación» de Goethe como una verdad esencial. Quien sólo sea capaz de ver en esto una elucubración, teoría o pura abstracción, se encuentra preso de una forma mecanicista de observar la vida: Se le cierra no tan sólo al camino hacia la observación de la planta en su verdadera realidad, sino también el preciso conocimiento espiritual de todos los reinos superiores de la naturaleza.

Podemos captar un punto culminante de la polaridad cuando situamos la intensa floración estival frente al invierno con su condición de letargo del mundo seminal. Esta dualidad conceptual de expansión y contracción se observa aquí en el cambio de fases de un organismo, en su evolución culminante y en una vigorosa involución (retro-desarrollo). Por medio de la contemplación goetheana se puede captar el perpetuo ritmo de crecimiento a través de las estaciones como la expresión del encuentro de dos mundos. En la planta estival se expresa en plenitud el principio no-sensible de la especie o del arquetipo, mientras que esto se ha retraído en la semilla casi en su

totalidad, pasando de un nivel material a un mundo invisible. De esta manera se trabaja en profundidad el «principio de la planta primordial» observando el crecimiento de cada hoja y de los brotes (expansión). Luego, se manifiesta nuevamente con la atrofia de las hojas «superiores» (sépalos, etc...) o bien con la aparición de los pétalos espolvoreados de polen. Flores y frutos, conceptuados como el desarrollo superior del tallo, se revelan en un plano nuevo, llenos de nuevas posibilidades y cualidades. Estas son la expresión de una intervención renovada del principio espiritual que se ha liberado del trabajo de asimilación. Las flores y los frutos se apoyan en ese principio y no pueden interpretarse bajo un punto de vista material. El mundo material en su variedad tan sólo es capaz de plantear situaciones, como por ejemplo la originada por un suelo seco o pantanoso, etc... a las cuales responde la planta activamente adaptándose a las condiciones físicas particulares en la «lucha por la existencia».

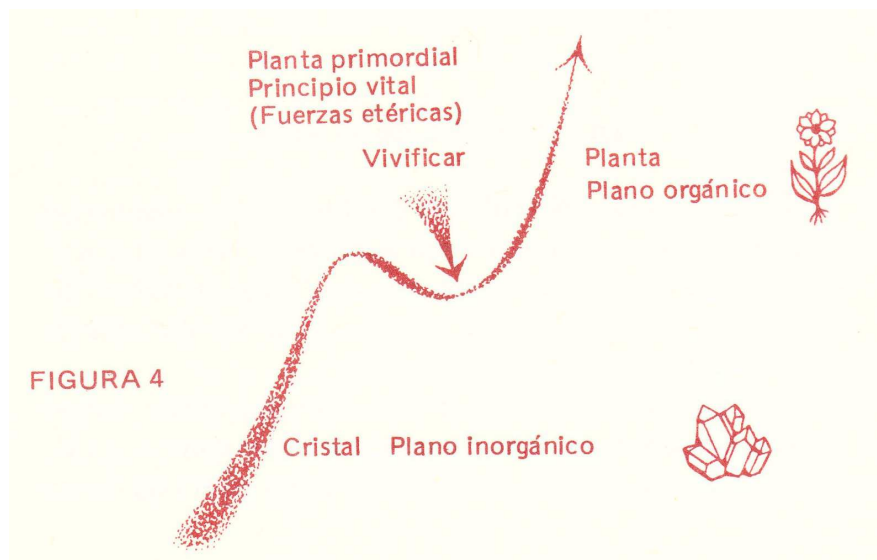
Goethe, con el descubrimiento de la planta primordial, concebida como idea viva, no sólo ha encontrado el «ser integral» que lleva a los organismos a devenir vegetales, sino que, al mismo tiempo, con su enseñanza de la metamorfosis ha mostrado los pasos concretos y observables de su actuación. En esta forma de observación goetheana queda excluida toda aclaración puramente mecanicista de los factores evolutivos. Con ello se muestra metodológicamente el camino hacia un pensamiento apropiado y hacia la captación de la esencia de todo organismo, incluso hasta la del siempre «desconocido ser esencial» del hombre. Por todo ello es por lo que R. Steiner como introductor y comentador de sus «escritos científicos», pudo describirlo como el Copérnico y Kepler del mundo orgánico.

La aparición de la vida

En la aplicación del método goetheano se muestra que la concepción habitual de una evolución superior continua y ascendente, proviene de una forma simplista de pensar que diluyen las diferencias esenciales entre los diferentes reinos de la naturaleza.

Sólo se puede captar correctamente el paso de lo inorgánico a lo orgánico y la diferencia entre vegetal y mineral, si se les observa en el «campo de tensión» de la polaridad. Este «campo de tensión» es prácticamente «impensable» debido a su amplitud y escapa a toda contraposición material-inmaterial, sensible-suprasensible, materia-espíritu. Solamente allí donde lo espiritual puede intervenir le es posible al mundo material ir más allá de sí mismo pues, de otra manera, se encontraría sometido a las leyes mecánicas.

Este mundo material aspira como tal a la formación de agregados sólidos y alcanza su conformación más lograda en la estructura cristalina, ante cuya claridad y exactitud sometidas a las leyes matemáticas nos asombramos. A su vez es totalmente típico de los cristales estar representados por una única sustancia ya sea un elemento o una molécula o complejo químico. En el vegetal por el contrario actúan siempre y conjuntamente innumerables y variados elementos y el conocido carácter general de las formas orgánicas es muy distinto del manifestado por las delineadas formas cristalinas en sus superficies, cantos y esquinas. Para que aparezca la vida orgánica, de ninguna manera se propicia una transformación de un cristal en una planta, por muy refinada o diferenciada que pueda ser. Muy al contrario se debe proceder a la destrucción del cristal. La meteorización de lo pétreo hasta las más finas y desmoronadas estructuras, así como la disgregación de lo mineral en fluido, son las condiciones previas para la formación de las condiciones completamente distintas que requiere una planta (ver fig. 4).



En la planta se retiran las leyes que son privativas de lo inorgánico. El nivel material experimenta una elevación en sentido evolutivo por medio de la configuración de innumerables formas y sustancias muy complejas, así como de sus estructuras; que son la expresión de la potencia vital creadora.

El reino animal: nivel de la vida anímica

La frontera entre vegetal y animal, así como entre hombre y animal viene determinada por la transición del dormir al despertar. El paso de la vida orgánica en el sueño inconsciente, llevado por la consciencia a la vida anímica, se produce en el

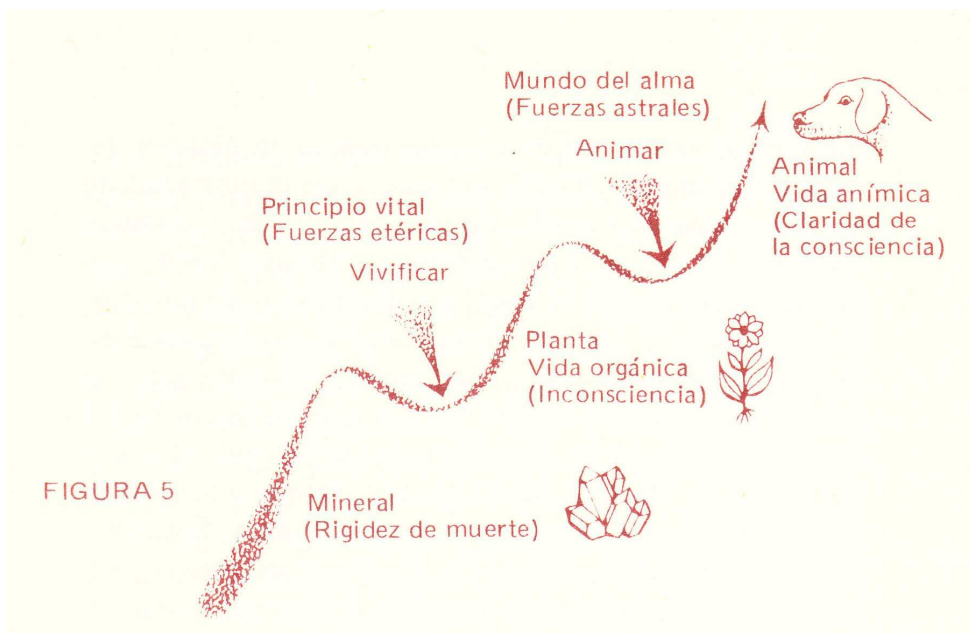
despertar que prende por medio de las percepciones sensoriales. Con las percepciones sensibles retenidas en los sentimientos de apetencia o desgana, simpatía o antipatía así como en la expresión de impulsos, apetitos y pasiones, nos hacemos conscientes de un mundo anímico interior real que, también, con toda razón, puede atribuirse al mundo animal. La aparición de intercambios que obran con carácter polar es sin lugar a dudas legible en las muy variadas manifestaciones de la naturaleza. En el sueño profundo predomina la base orgánica constructora, reparadora. El mundo animal dispone de la organización celular como pilar fundamental y punto de partida para todo crecimiento, regeneración y propagación. Pero, tanto flores como hojas son rechazadas para hacer sitio a nuevas conformaciones. El estar ligado a la condición durmiente recuerda a la inamovible posición de la planta, la cual está condicionada por su enraizamiento. Pero la excitabilidad de los instintos, que actúan como impulsos internos, corresponde a la condición de no estar ligado a un lugar fijo y se relaciona con la movilidad del animal despierto. Los movimientos animales libres y rápidos son distintos del movimiento del crecimiento vegetal, que depende ante todo de los ritmos cósmicos exteriores, apenas perceptibles. La planta es un ser extendido superficialmente que está determinado por su estructura foliar. Polarmente aparece el animal frente a la planta como un organismo cerrado, que posee espacios corporales huecos y ocultos, como p. ej. la cavidad estomacal o la cavidad torácica. Estos espacios anatómicos interiores deben ser captados como la expresión de una interioridad anímica invisible. Al mismo tiempo, son expresión de su ser interior la forma exterior, la coloración y el movimiento animado. Sin embargo, una zoología y una antropología que quieran ajustarse con exactitud a la realidad no pueden quedarse detenidas en la descripción exterior. Tienen que poder describir a un ser en su plena expresividad y a la vez aprender a captar todos sus órganos, en especial los sensoriales y los miembros como instrumento de lo anímico.

Lo anímico efectúa su entrada en la corporalidad al despertar viniendo de una esfera suprasensible. Al mismo tiempo se concentra y se expresa en lo exterior, en este incorporarse, al abrir los ojos y en la actividad de los miembros. Por medio de una especie de expansión considerable de su organización se entrega al sueño, cayendo en la condición vegetal soñante con la que ahora se emparenta. Esta condición la tuvo que atravesar en los primeros estadios de su desarrollo embrional. Las dos polaridades que observamos en la planta, en su forma de crecimiento en la expansión y en la contracción, son elevadas de esta manera en el reino animal a una especie de proceso respiratorio entre cuerpo y alma. Solamente el intercambio regular entre estas dos fases

contrapuestas, en la apropiación artística de este ritmo capacita para la globalidad de la unidad orgánica.

En esta interiorización de las fuerzas anímicas se nos permite vislumbrar un reflejo del proceso de la creación. Durante millones de años éste ha actuado sin descanso y obrando sin denuedo en la interiorización de sus fuerzas en el fundamento orgánico para propiciar la pluralidad de seres diferenciados, conscientes y elevados. Así se llegó a modelar la acabada conformación del reino animal (ver fig. 5).

De ninguna manera puede desarrollarse algo superior si al mismo tiempo no desciende una nueva fuerza cósmica. Esta fuerza va penetrando de animidad y de vida una materia receptiva que, previamente, ha sido preparada con las fuerzas orgánicas para poder encarnarse en ella. Por ello, nos encontramos ante el hecho de que no se trata sólo de una evolución que procede de «abajo-arriba», sino también de una que va de afuera-adentro: la constante adquisición de la consciencia de los seres nos muestra un proceso de interiorización en el cual el hombre se halla en la cumbre, como exponente de la más rica y profunda interiorización.



Las leyes de estos procesos entre el encuentro de los dos planos del ser y de la interiorización se pueden deducir en los innumerables procesos de la evolución animal y en su organización. Todo proceso de invaginación del período embrional, como por ejemplo la disposición de los conductos nerviosos y su transición al canal neural y el desgajamiento que conduce a la formación del cristalino a partir del ectodermo, deben ser vistos y observados bajo este prisma. Así, nos encontramos de manera fresca y renovada con la ley de la polaridad y la de la elevación como

indicadores del camino a seguir. Se nos muestra por ejemplo el omniabarcante mundo de los insectos en el que más de 100.000 especies presentan como fenómeno primordial de su ser la transición llena de enigma del paso de larva a imago, es decir del estadio inferior de oruga al de ser maduro alado, como es el caso tan conocido de oruga y mariposa. Pero así como la condición involutiva de la yema hace que se encuentre entre retoño y flor, así se encuentra el estadio intermedio y letárgico de la crisálida entre larva e imago. La oruga, pesada en sus movimientos, que crece exhaustivamente devorando comida, puede llegar a convertirse en mariposa de colores, alada y ligera gracias a una intervención enérgica y decidida, a una refundición y adelgazamiento por ayuno. Y sin embargo, la «idea» oculta de su verdadero ser dormita en sus profundidades biológicas. Este ser ha hecho su aparición al despertar como mariposa a un nivel más elevado. Para ello, se tiene que superar de forma correcta el nivel inferior o inmaduro y desembarazarse de él. La modificación de la consciencia del sueño y el despertar que, se muestran en estos animales inferiores, han tomado al mismo tiempo una conformación orgánica. H. Poppelbaum ha presentado de forma impresionante en su libro *Tierwesenskunde (Zoología) la misma polaridad para la «mariposa de los mares»*: los pólipos y las medusas.

Un mundo anímico como verdad superior

Justamente aquí es donde debe ser planteada la pregunta sobre la naturaleza y las características de las fuerzas suprasensibles. De éstas proviene toda existencia sobre la Tierra y requieren para su comprensión la utilización de la observación goetheana. La respuesta a esta pregunta límite sobre la investigación de unos mundos superiores presupone un estudio de la consciencia, que nos lleve a una investigación y experiencia exactas de lo suprasensible, tal como desarrolla la ciencia espiritual de orientación antroposófica. Rudolf Steiner en su libro *Teosofía: introducción al conocimiento suprasensible del mundo y al destino humano*, describe detalladamente la «tierra anímica» de la que proceden todas las fuerzas psíquicas plasmadoras del reino animal y la presenta como una verdad escalonada, séptuple y suprasensible. A la clarividencia atávica de los tiempos precristianos le era todavía posible tener vivencias de manera imaginativa (¡en imágenes!) esta parte interna del Cosmos y veía en las configuraciones estelares del Zodíaco una expresión de este mundo. La expresión «mundo astral» viene de estrella, «astra», que hoy en día todavía es aplicable cuando se es consciente de las poderosas diferencias de método que nos permiten hablar, en un sentido moderno, de

esas esferas de fuerzas como verdad investigable. La interiorización y concentración de estas fuerzas en un cuerpo físico nos lleva al concepto de «organización astral» o de cuerpo astral, que tanto animal como hombre tienen en común y que, como organismos animados, les diferencia de la planta.

La animización a través de la respiración

En un último ejemplo, vamos a mostrar la forma en que actúa la polaridad y al mismo tiempo la animización o «penetración de astralidad» en la corporalidad. Lo anímico no ocupa desde el primer momento su «casa» como si de su propietario se tratase. Participa de una manera más esencial en el mantenimiento de la posición erguida y en sus funciones fisiológicas. El movimiento exterior presupone un movimiento interno que se conforma en la actividad cardíaca y respiratoria, así como en los procesos metabólicos. En esta estimulación muscular vive, sin embargo, una voluntad atenuada de vida como expresión del impulso de autoconservación. La sangre rápida y pulsante y el movimiento cardíaco muestran como el lento filtrar y el fluir de los jugos vegetales quita fuerza al apenas perceptible movimiento de crecimiento y que estos movimientos animados se encuentran dinamizados por un principio superior.

Veamos ahora el proceso de respiración: Muy a menudo se menciona que la circulación vegetal y animal consisten en que la planta entrega el oxígeno que el animal necesita para su vida y que éste debido a su proceso respiratorio expulsa el dióxido de carbono, que nuevamente es absorbido por la planta. La facultad de la planta de formar sustancia orgánica a partir de agua, CO₂, y luz con la ayuda de la clorofila es un proceso fundamental de vida (asimilación), constituyendo la condición previa para la síntesis de cualquier otro material orgánico.

Se podría decir que esta facultad que reside en el vegetal encuentra en los animales superiores un perfeccionamiento y fortalecimiento. Sin embargo, lo que se nos hace evidente en animales de pastoreo como ovejas, cabras o vacas es todo lo contrario: con su pastar destruyen el material vegetal orgánico de base, expresando con ello como se apartan de las facultades de sintetizar material orgánico. En su lugar hace su aparición la combustión de material orgánico (desasimilación como oxidación) que actúa de manera relevante por medio del oxígeno inspirado. Aquí se hace nuevamente reconocible de manera capital la polaridad imperante entre vida orgánica y vida anímica. El camino que lleva de la planta al animal no es de ninguna manera directo, sino que tiene lugar con la pérdida decisiva de una importante facultad vital.

¡Sin embargo la naturaleza trabaja en forma económica! No suprime por completo la clorofila, sino que la transforma cuando en lugar del manganeso emplea el hierro en la síntesis de los glóbulos rojos, en la Hemoglobina. Esta desempeña el conocido e importante papel de transportador del oxígeno inspirado, como mediadora entre la respiración exterior y la interna celular. En el proceso inverso, es decir en la expulsión del dióxido de carbono, se hace manifiesta la intervención de las fuerzas anímicas, que disponen al animal hacia un desarrollo continuado y organizado para poder desplegar una enérgica vida anímica.

El Hombre: ¿un cuarto reino?

Con lo que hasta ahora se ha descrito, hemos predispuesto de manera esquemática las condiciones necesarias para osar preguntarnos por el ser del Hombre y la diferencia entre éste y el animal. Solamente podemos contemplar a la humanidad como un nuevo y cuarto reino en la creación ascendente, cuando el hombre no sólo se presenta como una de las muchas y muy distintas especies animales naturales, sino caracterizado como algo único y peculiar, que descolla en el conjunto del reino animal. Mucho podría decirse en contra. Cada reino natural contiene miles y miles de especies, que son enormemente diferentes. Sin embargo, la especie humana a punta hacia escasas diferencias en sus representantes blancos, amarillos y negros, que apenas pueden compararse con la pluralidad, por ejemplo, de las razas caninas.

Por otro lado, todo aquel que considere demasiado a la ligera o dogmáticamente al hombre como portador de un «yo» espiritual o bien con una «chispa divina» tiene que darse cuenta que está sentando un principio que contradice las leyes de la herencia, tan importantes para la moderna Biología. Pues, hoy en día, en general, sólo se considera al hombre como un producto de la herencia y del ambiente.

El atribuirle un yo al hombre, le elevaría a la categoría única y singular de individualidad y supondría concederle un *principio antibiológico* de primera categoría. Este principio debería hacerse saltar finalmente las leyes de la herencia, del medio ambiente, de la especie y de la raza. En realidad ni la biología ni la medicina ni tampoco la teología han trabajado profunda y científicamente la diferencia entre animal y hombre; ni tampoco han constituido una especialidad: la antibiología.

Es por ello que hasta ahora, con el desarrollo de la ciencia natural, tampoco se ha podido consolidar el cristianismo, fundamento moral y religioso de occidente. Lo único que hace es presuponer la existencia de un núcleo anímico-espiritual (inmortal),

diferenciando claramente al hombre del animal atribuyéndole así una independencia inherente tanto de raza como de origen. De esta manera, contrariamente a lo deseado, se ha hecho más profundo el abismo entre ciencia y religión.

En un sentido lógico y consecuente, se deduce de nuestra observación la «antibiología» indicada con anterioridad. Como ya vimos sólo es posible el desarrollo superior hacia un nuevo reino de la naturaleza, si actúan fuerzas cósmicas suprasensibles. Para ello, es necesario que propiedades y leyes peculiares de los reinos inferiores se retraigan fuertemente en el sentido de la polaridad para poder dar cabida a nuevas formas de vida. Al mismo tiempo, este principio superior pone a su servicio al inferior sin necesidad de suprimirlo pero supeditándolo a sus necesidades. Así se entretajan continuamente procesos de estructuración y desestructuración, fases evolutivas e involutivas, necesarios para un desarrollo superior.

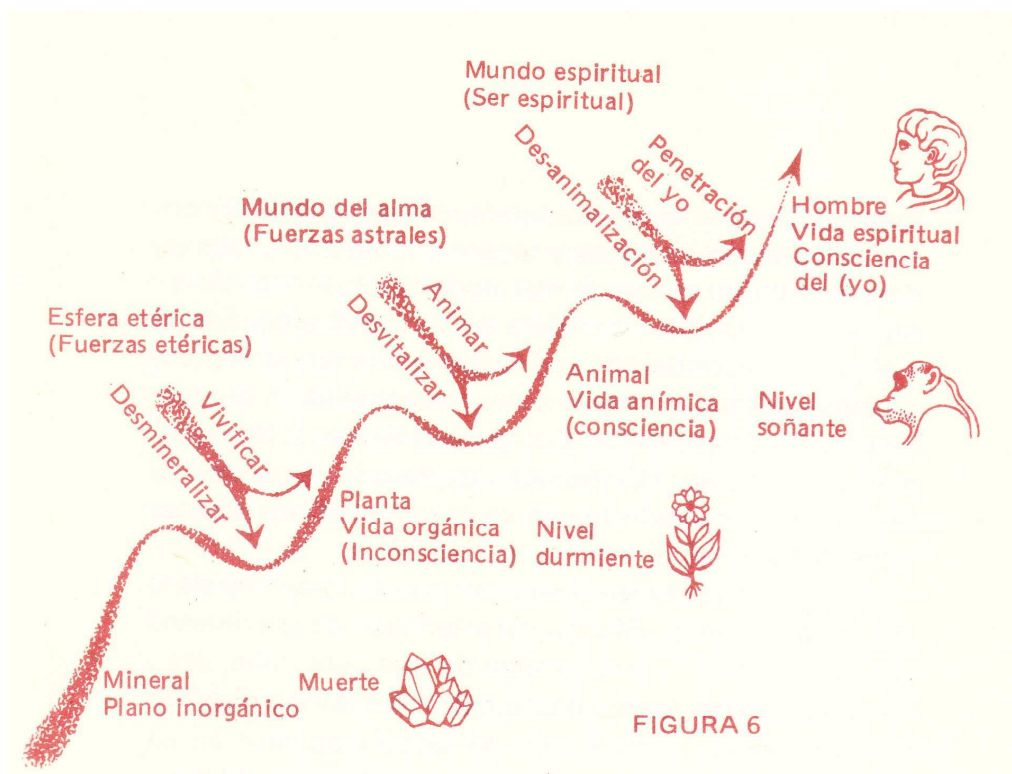
A pesar del innegable parentesco del hombre con el reino animal, lo dicho anteriormente supondría darle la vuelta a toda la teoría evolutiva actual. Si se acepta la existencia de un principio tan poderoso, capaz de situar al hombre por encima del reino animal, se comprendería el retraimiento de las características y formas típicamente animales que no llegan a finalizar un proceso formativo. Sólo entonces puede hacer su aparición un desarrollo evolutivo superior completamente nuevo.

¿Es la des-animalización una condición previa del devenir humano?

Esta pregunta que, en principio, puede resultar extraña al lector, muestra su necesidad ante las muchas respuestas sorprendentes que confirman todo lo dicho con anterioridad. El Doctor en Biología, Dr. Poppelbaum, basándose en el método de investigación antroposófico, ha presentado este problema en su libro *Hombre y animal*, que apareció por vez primera en el año 1928 y al que aquí sólo podemos referirnos brevemente.

Por ejemplo, la formación especial de la parte inferior de la cabeza de todo mamífero superior es algo tan típico que nos podemos permitir hablar de hocico y morro. Sin embargo, en el desarrollo humano se retiene el crecimiento de la mandíbula, permaneciendo así en un estadio de desarrollo; pero en la cría de un primate muy pronto se desarrolla de forma prominente (ver fig 7). Vamos a mencionar también el trabajo del zoólogo berlinés Westenhófer *Der Eigenweg des Menschen (El camino particular del hombre)*, que demuestra de manera palmaria como las numerosas formaciones humanas no son algo acabado o diferenciado como lo son los órganos animales

correspondientes, sino que se encuentran en un estado relativamente indiferenciado, es decir, que se mantienen en una especie de estadio de desarrollo inacabado. Esta tesis se demuestra claramente en el estudio de la dentadura. Los afilados colmillos de un depredador, así como sus molares están especializados en la captura de presas y sirven a su alimentación carnívora. Por el contrario los molares anchos y toscos y la absoluta falta de colmillos en un rumiante, nos permite reconocer de inmediato la función trituradora de los herbívoros. Frente a ello, nos encontramos con la dentadura humana completamente indiferenciada y no condicionada a una alimentación determinada. Comparándola con la dentadura de los primates, Westenhófer expresa lo siguiente: «El hombre no ha tenido nunca unos colmillos semejantes a los antropoides».



Cosa semejante suele suceder con el desarrollo de la columna vertebral. Es algo característico de la columna vertebral animal el que termine en una cola, rabo, etc, dándole así una nota característica. En la organización humana por el contrario ésta se retrae y aparece en su lugar un coxis con unas vértebras más bien atrofiadas.

También la mano humana, en su sencilla formación se detiene en un estadio embrional primitivo e indiferenciado. Por el contrario, los miembros animales aparecen como alas, pezuñas, garras, etc... Es decir, que se presentan como altamente diferenciados en una dirección determinada. Sin embargo, el hombre puede equilibrar esta diferenciación por medio de la capacidad inventiva y de las herramientas.

Algo semejante sucede si comparamos las pezuñas y las garras con las débiles formaciones córneas de las uñas.

Pensemos también en la cornamenta bella, poderosa y decorativa de la que está provista una cabra montés. ¿No cabría esperar que también el hombre, como supuesto señor y rey de la creación poseyese tan fastuoso ornamento? Naturalmente que esto ni se cuestiona.

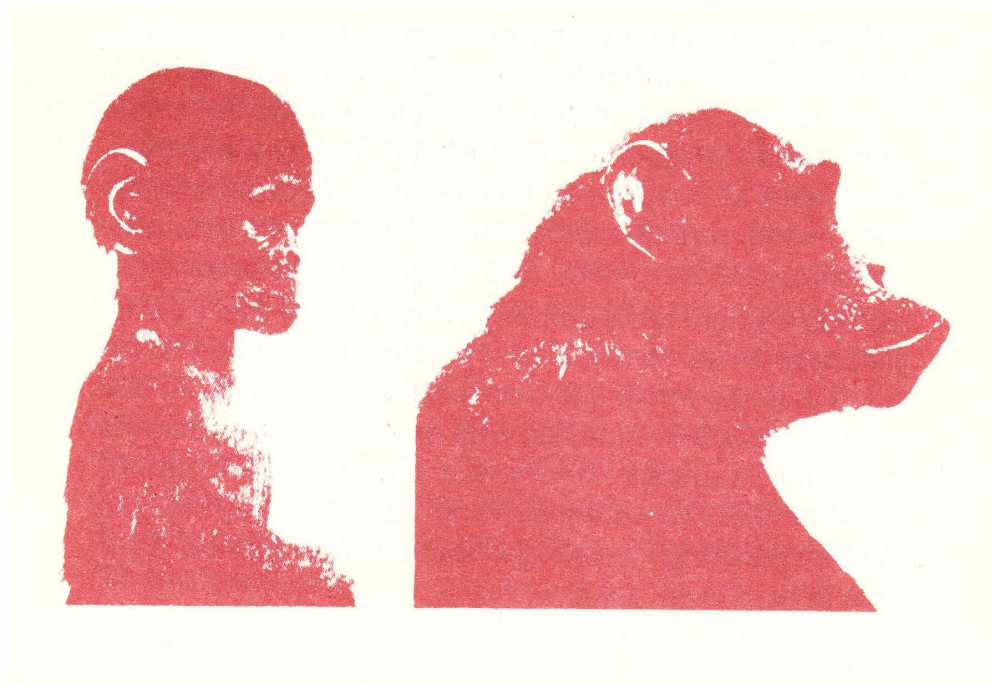
Asimismo todo animal superior, según su especie, está provisto de un recubrimiento piloso abundante o de plumas contra las inclemencias ambientales. El que luego se añadan coloraciones y dibujos, melena, etc..., es algo que percibimos como una característica típica y particular de las diferentes conformaciones animales. Sin embargo, el hombre carece de todo ello. El tópico del «mono desnudo» apunta claramente hacia ese sentimiento humano que percibe esta diferencia, debida a la naturaleza, muchas veces incomprendida. El hombre debería comprenderla más en un sentido profundo.

Retardación: la ley fundamental de la niñez

En todo lo anteriormente expuesto, ¿no se tratará de fenómenos casuales o quizás más bien de fenómenos que apuntan hacia una ley superior? De hecho hemos encontrado un sinnúmero de procesos involutivos, retardantes o de contención. Estos procesos, como procesos de des-animalización, muestra la intervención de un principio superior al reino animal.

Lo podemos ver con claridad en el desarrollo en el tiempo (ontogenia) de cada animal en crecimiento en comparación con el del hombre.

El hombre tarda 20 años en llegar a cierta madurez en su desarrollo. Incluso animales de tamaño y peso muy superiores al hombre, como bueyes y elefantes y los primates cercanos al hombre, completan su crecimiento en breve tiempo. La secuencia de formación dentaria, su cambio y la maduración sexual es directa. El biólogo holandés Bolk ya percibió que la hipófisis dirige el crecimiento en obstaculizaciones y retenciones que pueden ser observadas por ejemplo en el revestimiento piloso humano. Esto se manifiesta en las zonas de axilas y pubis que quedan como «encubiertas» y que son la expresión en su conjunto de una alteración de la producción hormonal en su acción conjunta con las glándulas internas. Para Bolk, el hombre es el resultado de una «malformación hormonal», el producto casual profundamente alterado de una mutación desafortunada.



El yo como verdad espiritual

¿Cómo interpreta la observación científico-espiritual el fenómeno de la retardación como ley fundamental M desarrollo humano? La Ciencia Espiritual considera esta evidente retardación y relativa indiferenciación orgánica como algo plástico y abierto para que pueda descender el nuevo y elevado principio de un yo superior proveniente de un mundo espiritual con el fin de integrarse en el cuerpo (el «ser integral» buscado por Petrovic). No nos tiene que sorprender que la naturaleza se tome más de veinte años para poder conseguir algo completamente nuevo: la formación de un hombre a partir de una forma inicial semejante al animal y con ello el edificar por completo un nuevo reino natural (ver fig. 6).

Pero también el ser del yo no ocupa una casa completamente terminada. Este trabaja intensamente aunque inconscientemente de una manera semejante a como ya fue indicado en la formación de la envoltura o habitabilidad de su casa. Se trata en el caso M niño en crecimiento de un proceso lento de incorporación de un principio espiritual que quiere desplegarse en un yo claro y consciente. Este proceso paulatino al que la voluntad de vida del yo aprende a penetrar en la musculatura, puede ser llamado con razón «devenir en la carne», proceso de «en-carnación» o «in-corporación». Cada vez se mostrará más evidentemente la imposibilidad de un trabajo fructífero de una antropología, pedagogía, psicología, medicina y sociología verdaderas y apropiadas, si no se procede a una comprensión, según el método científico es-

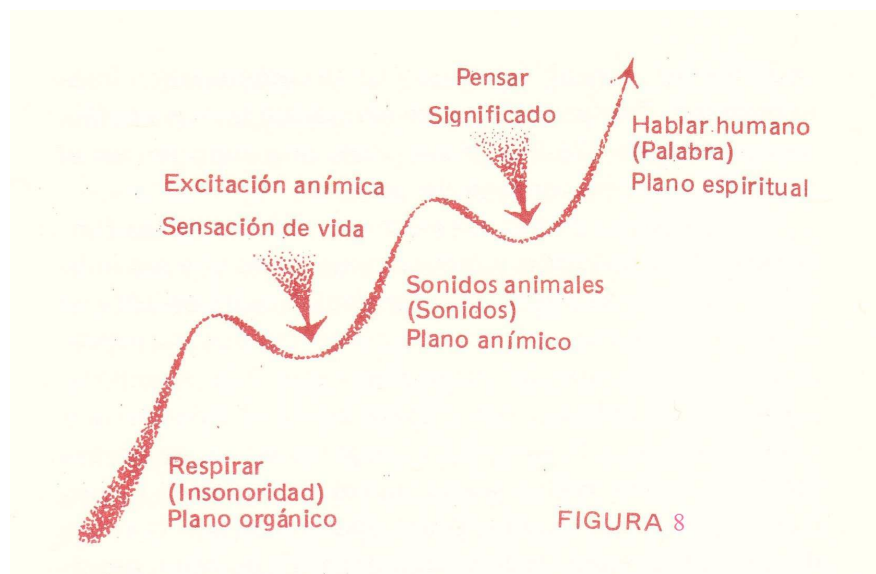
piritual, del concepto de la encarnación. A esto corresponde el que esta nueva ciencia del ser del yo, que quizás se podría denominar Pneumatología, aprenda a hablar no solamente de una existencia posmortem, sino también de una preexistencia prenatal, preconcepcional. Así se debe situar frente a frente no sólo el concepto de inmortalidad sino también el complementario del «innacimiento inconcepción». Para Rudolf Steiner fue extraordinariamente importante, en interés de un desarrollo humano sano, que se combatiese enérgicamente esta concepción, que no quiere, que no acepta, la preexistencia: «El hombre tiene que llegar a reconocer que ya existió antes de su concepción o nacimiento aquí en la tierra. Tiene que tomar, lleno de respeto y devoción, lo que le fue participado antes de esta existencia fisico-terrena por los mundos divino-espirituales» (Dornach, 21.11-11.4/1929 *Die Verantwortung des Menschen für die Weltentwicklung*) —*La responsabilidad del hombre frente a la evolución del mundo*—).

El yo como espíritu conforma el núcleo más profundo del alma y conduce al hombre hasta la máxima claridad de la consciencia, a la autoconsciencia. Es un punto medio frente a la profunda interioridad soñante del animal. Para no quedarse estancados en una abstracción, podemos esperar, según nuestro método, que este principio se manifieste «exteriormente». Ahora, miremos el desarrollo evolutivo superior del hombre y qué le diferencia esencialmente.

En primer lugar se trata del caminar erguido, del hablar y del pensar y las particularidades anatómicas consecuentes. El hombre dotado de razón desarrolla el órgano de la consciencia y del pensar muy por encima de cualquier animal. Su cerebro descolla en relación con su peso corporal. En la fisonomía facial, en la zona opuesta a la maxilar, se confirma el poderoso e impresionante abovedamiento craneal, formando así la característica frente humana. Tras esta última se encuentra la masa cefálica de cerca de 125-130 gr. de peso, que supone casi el triple de la masa cerebral de un simio.

La liberación de los miembros anteriores de las funciones de locomoción y movimiento, tiene que ser indicativo de una especie de retroformación que posibilita su «ascenso» de brazos y manos como medios de expresión e instrumentos del espíritu humano. Al mismo tiempo, surge verdaderamente el único ser de la creación que camina erguido. Solamente el hombre es capaz de extender la rodilla. Razón por la cual el zoológico K. E. von Baer pudo decir: «Toda criatura aparece ante el hombre de rodillas, con las rodillas dobladas». La posición erguida es la expresión indiscutible de la penetración del yo del hombre.

En el lenguaje humano podemos ver un desarrollo *evolutivo* que va más allá de la emisión de sonidos. Percibimos una función del yo en el dominio intermedio, en el sistema rítmico. Las típicas emisiones de sonido animal tales como aullidos, bramidos, rugidos, etc..., son retenidas para que la voz pueda ser oída... Se puede reconocer este progreso en el hecho de que la palabra no sólo expresa una condición anímica interior, sino también un contenido. Así, llega a ser un portador del contenido de la verdad superior captada por el pensar, capaz de transmitir al prójimo la espiritualidad del ser humano (ver fig. 8).



Caminar erguido, hablar y pensar deben ser comprendidos como funciones típicas del yo, que no están sometidas a la herencia. El niño sólo aprende a erguirse si imita a la figura humana que, dotada de un yo, camina erguida. Podemos observarlo en el fenómeno de los «niños lobo». Del mismo modo, la lengua materna no está condicionada por la herencia contrariamente a lo que ocurre con la emisión de sonidos del animal. En este caso, podría hablar el biólogo de una mutación con toda razón; es decir, de un cambio en la herencia: por ejemplo, si una abeja repentinamente pasa de construir panales hexagonales a hacerlos cuadrangulares. Sería grotesco (aunque consecuente bajo un punto de vista materialista) el querer aclarar el paso del arte arquitectónico románico al gótico por medio de un «salto» cromosómico de los arquitectos medievales correspondientes. La actividad creadora, libre y llena de fantasía que se desenvuelve en los dominios pensante y representativo se eleva por encima de las leyes de la herencia. Se trata, pues, de una expresión clara del yo, que legitima sin discusión el principio antibiológico buscado. Caminar, hablar y pensar no son aportados por la organización

fisiológica como en el caso del aroma de una rosa, sino por una entidad superior, que se sirve de ellos.

El hombre como un ser inacabado aunque creativo

En el hombre la naturaleza asciende desde el rango de creatura hasta el de un ser creador. La formación de nuevas razas se retrae y, en su lugar, se producen innumerables creaciones del espíritu humano en la ciencia, arte y religión, filosofía, sociología y técnica. Sin embargo, la tarea más importante del hombre es la de hacerse a imagen del ser superior al que está predispuesto gracias a la facultad de su yo espiritual. Así es como procede continuamente en cada acto de conocimiento en el proceso creador. Desde el exterior fluyen al interior del hombre la inmensa variedad de percepciones. Entonces, desde su interior, sale a su paso con su pensar, trabajándolas activamente. En primera instancia dormita en las percepciones la oculta espiritualidad del mundo en sus impenetrables y oscuras interrelaciones. El pensador rehace la percepción, la desprovee de su carácter de imagen, diluyéndola, aclarándola, hasta que resulta iluminado por el mundo de las ideas y la relación conceptual correspondiente. En ese proceso, lo igual encuentra a su igual, ya que en la ley celestial de la razón del hombre se ha concentrado en una única organización la espiritualidad del mundo, se ha individualizado y deviene como yo consciente de sí misma.

Este recoger descendente y refluyente de los contenidos objetivos ideales y espirituales del mundo constituyen un enriquecimiento paulatino, un crecimiento espiritual y un desarrollo individual superior. Lo que hasta el momento a algunos lectores les puede parecer teoría huera, llega a ser un estado de mayor observación interior para todo aquél que aprende a captar verdaderamente el proceso de su pensar. Por el pensar y la percepción nos encontramos con la ley de la polaridad que conduce a una elevación del acto de conocimiento.

Rudolf Steiner ha iluminado las preguntas y procesos aquí contemplados de manera profunda en sus escritos filosóficos y gnoseológicos.

De manera semejante sucede en el campo de la voluntad. De lo que aquí se trata es de confrontarse, en una polaridad real esencial, con los impulsos, instintos y apetitos que nos vienen dados por nuestro parentesco con el mundo animal; y no para destruirlos o eliminarlos sino para dominarlos, enseñorearnos de ellos, confinarlos a sus propios dominios y transformarlos. La naturaleza nos ha sustraído garras, fauces y cuernos y tenemos que llegar a dominar las típicas fuerzas anímicas animales, tanto externas

como internas, que con todo derecho pueden ser denominadas como nuestra naturaleza inferior. Aquí se hacen visibles referencias y raíces de una ética apropiada a nuestra época en el sentido de: «Vencerse a sí mismo es la victoria más difícil». Es la victoria de la autosuperación, que conduce gradualmente hacia la libertad del ser humano, que le coloca en un nivel más elevado, inteligente e independiente y le otorga sus ideales y relaciones morales. De esta manera puede sentirse el hombre en consecuencia como ser que conoce y obra con su mundo original espiritual y divino.

En el despliegue de la fuerza creadora del espíritu que puede aparecer enriqueciendo el espíritu, profundizando el-sentir y metamorfoseando o transformando la voluntad, descansa fundamentalmente la dignidad humana. Podría constituir el punto más importante M derecho humano el conseguir el espacio necesario de libertad para obrar y conservarse a sí mismo. El sentido de la vida humana solamente se manifiesta en la medida en que el yo puede hacer su aparición en la individualidad. Esta meta creadora nos lleva a recordar las palabras del poeta Christian Morgenstern:

Creatura nada más, soberano de los pensamientos
señor de la voluntad,
nunca más en la esclavitud de la voluntad,
sino maestro y medida de las sensaciones fluctuantes,
ni demasiado profundo para enfermar en negación,
ni demasiado libre para que viva en él la obstinación:
Así se une un hombre al reino de los espíritus,
así encuentra él el sendero hacia el trono de los tronos.